

En cuanto Lefrançois se instaló en Fresqueville tanteó la opinión del país y se encontró con que las ambiciones electorales que acariciaba no serían fácilmente satisfechas. Desde el primer día se le opusieron como fuerte obstáculo las tendencias socialistas de los obreros de Favieres. El anterior diputado era un republicano muy avanzado y en este punto Lefrançois estaba dispuesto á á todo lo lejos que se quisiese, pero en cuanto se trataba de reformar el modo de repartir la riqueza y de convenir en que los que todo lo tienen deben hacer participar de sus bienes á los que no poseen nada, los principios sociales del banquero dejaban de estar de acuerdo con sus sentimientos políticos y el desorden de sus ideas llegaba al colmo.

Estaba pronto á gastar todo el dinero necesario

para corromper al cuerpo electoral, á exhibir las doctrinas más contrarias á sus verdaderas opiniones, á mentir y, en una palabra, á desempeñar el papel de candidato. Pero en cuanto se le hablaba de que se despojase de sus riquezas en beneficio de sus electores, no los veía ya del mismo modo y después de haberlos llamado queridos amigos y hasta hermanos, no estaba lejos de considerarlos como un atajo de bandidos ni de llamar á los gendarmes para que los hiciesen entrar en razón. Supo, sin embargo, disimular el sincero horror que le inspiraban las reivindicaciones populares y mostrarse revolucionario en la medida que era precisa para agradar á los caciques del distrito.

Para éstos, por otra parte, tenía Lefrançois el irresistible prestigio de ser muy rico. Thiboré, el posadero y Malversín, el antiguo boticario le envidiaban y le odiaban acaso, pero le respetaban y estaban dispuestos á servirle. Con el segundo el acuerdo fué rápido; bastaron algunas palabras, como para una compra. « Yo no le estorbaré á usted en sus miras al Consejo general, pero usted me ayudará á ser alcalde de Favieres y diputado del distrito. » Con Thiboré no fué menos categórico: « Le tomaré á usted como adjunto y no me ocuparé jamás en los asuntos del municipio para dejarle una autoridad absoluta. » Apoyado en

aquellos dos aliados, cuyo poder era serio, Lefrançois se creyó fuerte, pero pronto se encontró con una desilusión al observar que tenía un competidor en un antiguo fabricante de muelas de molino que vivía retirado en Courechamps, pequeña aldea aneja de Favieres, y que por su posición, por sus opiniones y por su carácter, aparecía como adversario formidable.

Aquel viejo, llamado Binant, era muy popular en el distrito por sus ideas filantrópicas y los obreros le debían la fundación de sociedades cooperativas de alimentación que prestaban grandes servicios en aquel centro industrial. Las mujeres y los niños le conocían porque hablaba con ellos familiarmente. Thiboré, el tabernero, le odiaba en cambio, por la competencia que hacían á su comercio las sociedades formadas por el viejo filántropo, que daban el litro de vino puro á treinta céntimos, mientras que Thiboré le vendía adulterado y á cincuenta. El aguardiente, que los obreros bebían en gran cantidad, era mejor y más barato en la cooperativa. No tenía ésta más inconveniente sino que obligaba al consumidor á ir á beber en su casa, lo que constituía una ventaja para el tabernero.

Las dulzuras de pasar el tiempo con los codos apoyados en la mesa, enfrente de una botella, de fumar hablando con los amigos y de jugarse las

copas á las cartas, atraían los consumidores á casa de Thiboré á pesar de la diferencia de precios. Sabían que lo que allí tomaban era veneno y que les costaba el doble de lo que hubieran podido gastar en licores menos peligrosos, pero el atractivo que ejercía sobre ellos aquella taberna era más poderoso que el razonamiento, que el cálculo y que la prudencia. Los días de paga no faltaban á casa de Thiboré, el cual conservaba toda su influencia. El odio del tabernero contra el cura se explicaba desde luego porque aquél era masón y librepensador, pero había aumentado considerablemente por el apoyo que el padre Daniel prestó á Binant en sus fundaciones filantrópicas.

— ¿Quién le mete en esto á ese cura, que no bebe más que agua? decía el funesto Thiboré. ¿Le impido yo que él haga lo que quiera? ¿No podía dejar en paz á los demás? Cada cual su oficio; esto es lo que yo me encargo de hacerle saber.

— ¡ Un cura que se mete á gobernar el pueblo! añadía el secretario de la alcaldía; hay que pegarle á la pared.

— ¡ Que ande con ojo! Ya le cogemos en algún negocio sucio y tendrá que saltar.

El sueño dorado de aquellos cleróforos era comprometer al cura y hacerle imposible en el pueblo, y cuando Lefrançois les llevó el refuerzo de sus

ambiciones y de sus inquietudes, la situación del padre Daniel se hizo aún más difícil. Hasta entonces había luchado ventajosamente con sus adversarios, pero la intervención del banquero alteró el equilibrio en favor del partido contrario y el cura pudo darse cuenta de todo lo que debía temer.

Una mañana en que el padre Daniel se paseaba por el cementerio, que le servía de jardín y en cuyas calles le gustaba leer el breviario, vió entrar al alcalde recién elegido en Favieres y se sintió acometido de una especie de temblor interior. Tuvo el presentimiento de que iba á librarse una batalla decisiva para él y se sintió repentinamente invadido por una profunda tristeza. Lefrançois se aproximaba con la frente inclinada, la expresión dura y las manos apretadas contra un palo que le servía de bastón y con el cual tenía la costumbre de pegar á todos los perros que encontraba. Cuando estuvo á dos pasos del sacerdote tocó ligeramente el ala del sombrero con el índice de la mano derecha y dijo, sin desarrugar el semblante :

— Veo, señor cura, que se pasea usted. Y señalando á las tumbas añadió en tono de ironía : Hay muchos aquí que quisieran hacer otro tanto.

— Señor alcalde, dijo con dulzura el padre Daniel, esos á quienes usted se refiere, son, sin

embargo, más felices que los que se pasean.

— Sí, ya sé; los creyentes consideran como nada las alegrías de este mundo. Yo prefiero coger que esperar... Sabemos lo que tenemos pero no lo que hemos de tener... No soy de los que aplazan las resoluciones; me gusta explicarme sin rodeos y por eso vengo á buscarle á usted.

— ¿Quiere usted que entremos en mi casa? dijo el cura; allí hablaremos con más comodidad.

— Permanezcamos al aire libre, si no le molesta. El ejercicio calma los nervios y coordina las ideas... Señor cura, soy nuevo en el país; pienso instalarme definitivamente en él y necesito asegurarme el concurso y la simpatía de los que disponen de una seria influencia... Esto le explica á usted el objeto de mi visita.

— Creo, señor alcalde, que exagera usted mucho la importancia del papel que puedo desempeñar en esta parroquia... No soy más que un modesto servidor de Dios y no me ocupo más que en socorrer á los pobres y á los enfermos.

— ¡Bueno! ¡Bueno! interrumpió el alcalde. No hay para qué contar ahora esas historias. Sé á qué atenerme sobre la autoridad de que usted dispone... Tengo mi policía, señor cura, que me da cuenta de todo. Es usted un santo varón, eso es un hecho comprobado; pero por lo mismo sus feligreses le estiman ó le temen más... Tienen

en cuenta su opinión, la oyen y la observan... Es usted un orador de los que se llevan consigo las masas... Y, en suma, quiero tenerle á mi lado y vengo sencillamente á saber qué hay que hacer para eso.

El sacerdote bajó la cabeza y respondió con voz sorda:

— Hay que hacer bien.

— ¡Bah! Me pasó la vida haciendo bien, exclamó el alcalde, á un atajo de bribones que no me lo agradecen y me desacreditan... Señor cura, no se me conoce... Soy una buena persona, pero, eso sí, no me gusta que nadie se burle de mí. No he encontrado más que ingratos y esto me ha hecho aborrecer á la humanidad. Si usted quiere que marchemos de acuerdo, no tendrá por qué quejarse.

— ¡Oh! señor alcalde; yo no me ocupo nunca de mí, sino de los demás.

— ¡Hablemos claro, señor cura! dijo con sorna el alcalde. Soy buena persona, como he dicho, pero no soy ningún tonto... Está usted en un apuro serio desde la muerte de la señora de Fresqueville. Los vencimientos no se pagan con sermones y necesita usted salir de los compromisos que ha contraído. ¡Mala especulación, la de meterse en edificaciones! Vale mucho más comprar las que han hecho los demás, con tal de que sean sólidas, á costa de los imbéciles que se arruinaron

para levantarlas. Si yo hubiera estado aquí cuando se metió usted en tales operaciones, jamás le hubiera dejado tratar en condiciones semejantes. ¡Usted hubiera visto lo que es Lefrançois para los negocios! Hubiera usted ganado y también el municipio. Pero los tratos son tratos y hay que pagar... ¿Cómo va usted á arreglarse?

— Dios proveerá.

Lefrançois miró friamente al sacerdote y dijo:

— Mire usted, señor cura, yo creo en Dios, pero por el momento tendría más confianza en un banquero. ¿Cuánto le hace á usted falta?

— Debemos cuarenta y dos mil francos, próximamente, respondió el padre Daniel con una pálida sonrisa.

— ¿Los quiere usted? preguntó brutalmente el banquero.

— Si pone usted esa suma á mi disposición, rogaré todos los días de mi vida por su felicidad.

Daniel acababa de prometer sus oraciones al marido de Florencia, al hombre que le había hecho más daño en el mundo. En un momento olvidó todos sus rencores, todas sus prevenciones, y sacrificó sus sentimientos á sus deberes de pastor de almas. Estaba dispuesto á sufrir á Lefrançois por amor de sus pobres y elevó su corazón á Dios, pidiéndole que aceptase su sacrificio y que le diese fuerzas para realizarle. Pero el banquero

no le dió mucho tiempo para creer en su generosidad.

— Acepto, dijo, las oraciones de usted; eso no puede hacer daño; pero como interés de mi dinero convengamos en que no es muy tentador. Necesito algo mejor. Hablemos francamente, señor cura. No hay nada como explicarse para entenderse. Vamos á terminar la cuestión en dos palabras. Á cambio de mi apoyo pecuniario que le es á usted indispensable para salir de apuros, le pido su apoyo moral en las elecciones. Ha querido usted una escuela libre en Favières y la tendrá sin que le cueste nada. Yo, en cambio, deseo ser diputado; ¿quiere usted ayudarme?

Ante aquel brutal regateo el sacerdote enrojeció. Se quedó un momento pensativo, y Lefrançois, tomando por indecisión de la voluntad lo que esa sólo pudor de la conciencia, quiso dar el golpe decisivo y dijo:

— Si le hace á usted falta además una suma para sus limosnas...

— ¡Oh! señor alcalde, contestó el sacerdote en tono de protesta. ¿Qué idea tiene usted de mi ministerio y qué opinión de mí?

— Señor cura, el sacerdote vive del altar y no hay ofensa en proponerle una ofrenda. Usted es libre de servirse de ella en favor de los pobres... Pero esto poco importa. No perdamos de vista los

términos de mi proposición, que me atrevo á creer que es honrada... ¿Puedo contar con usted?

— Señor alcalde, dijo el padre Daniel con tranquilidad, todos mis feligreses tienen el derecho de contar conmigo.

— ¡Oh! ¡Nada de ambigüedades! exclamó Lefrançois golpeando fuertemente el suelo con su garrote. Se trata de hablar francamente y con claridad. Ó es usted mi aliado ó mi enemigo. Métase usted esto bien en la cabeza.

— ¿Ha venido usted aquí para amenazarme? preguntó el sacerdote con una indignación que no pudo ocultar.

— No, por cierto. He venido á obligarle á que se explique. Con razón ó sin ella, se dice que favorece usted á mi contrincante, á ese estúpido Binant, con sus ideas á la Fourier y su socialismo trasnochado. Me gustan las situaciones claras y pienso no dejarle á usted hasta que me convenza de sus disposiciones respecto de mí.

— Señor alcalde, dijo el cura, dueño ya de sí mismo, no ignora usted que los sacerdotes no deben mezclarse en la política, que las instrucciones del Prelado se lo prohíben y que la moderación natural de su carácter se lo priva. Usted mismo debe juzgar conveniente que no intervenga en la campaña electoral.

— ¡Y siguen las oscuridades! exclamó Lefran-

çois. Decirme usted que se abstendrá es confesar que trabaja contra mí. ¿Por qué? ¿Qué le he hecho yo?

— Nada, señor mío; yo no le quiero mal.

— No me basta. Es necesario que me quiera usted bien y que se sepa en todas partes.

— Eso depende de usted, señor alcalde. Yo elogiare de buena fe todo lo que usted haga en beneficio del pueblo.

Lefrançois se volvió hacia el cura y le dijo en tono amenazador:

— Me habían dicho que no conseguiría nada y que debía temerlo todo de usted... He querido convencerme y ya lo estoy... Me hará usted la justicia de reconocer que me he presentado con palabras de conciliación y algo mejor aún... No ha querido usted oír nada y no debe extrañarse de lo que le suceda en consecuencia... Si me estorba usted aquí, tendré que quitarle de mi camino y todos los medios me parecerán buenos para ello; se lo advierto. Reflexione usted, señor cura, porque no sabe con quién tiene que habérselas...

El padre Daniel sonrió con serenidad y respondió:

— Lo sé muy bien.

Al oír estas palabras Lefrançois palideció de cólera, juró terriblemente y dijo, señalando al sacerdote con su pesado bastón:

— ¡Guárdese usted, porque le puedo aniquilar!

— Eso le será á usted muy fácil, señor alcalde.

Soy tan poca cosa...

— ¡Mansedumbre de jesuita! ¡Nos veremos!

Rece usted á san Ignacio de Loyola, su digno patrón, y pídale que le proteja, porque va á hacerle falta.

— Usted, señor alcalde, me acusaba de doblez. ¿Qué diré yo de su modo de portarse?

— Puede usted decir lo que quiera, poco me importa. Yo le meteré en cintura. Tendría que ver que un curita de pueblo me hiciese frente en un país en que no hay más que librepensadores y en que el Gobierno mismo está en guerra con la Iglesia. Ya verá usted quién lleva el gato al agua... Yo le enseñaré quién es aquí el amo.

El padre Daniel sonrió y completó la frase de Lefrançois con esta irónica cita.

« La casa es mía y yo lo haré saber. »

— Si no lo es aún, lo será, yo se lo prometo...

¿Sabe usted, amiguito, lo que es un embargo?

— Sí, señor, lo sé, porque muchas veces he pagado por los infelices á quienes se quería embargar...

— Pues bien, veremos si paga tan fácilmente cuando vengan á hacer lo mismo con usted...

¡Adiós!

Lefrançois se dirigió á grandes pasos hacia la puerta y al llegar á ella se volvió y dijo con la

cara ennegrecida por la sombra de su ancho chambergo :

— Por última vez ¿la paz ó la guerra?

— Señor alcalde, por última vez : mi ministerio es pacífico y prometer la paz sería inútil. Si usted me declara la guerra la hará usted solo.

El alcalde volvió la espalda y salió sin responder.

Desde aquel día empezaron las hostilidades contra el cura. Lefrançois se jactaba de que obtendría fácilmente del obispo que trasladase al padre Daniel, pero halló en el prelado una resistencia que le exasperó. Su primer impulso había sido obtener una victoria sin gastar un céntimo, pero al ver que la diplomacia era impotente, recurrió á sus medios habituales. Los contratistas que habían edificado la escuela libre fueron reunidos por el procurador de Lefrançois, pues éste era demasiado astuto para dar la cara hasta después de concluída la negociación, y vendieron sus créditos, por los que empezaban á abrigar serias inquietudes, y mediante veinte mil francos al contado el banquero se convirtió en único acreedor, representado por Jacobo Mayeur, su testaferro ordinario. Desde entonces se creyó dueño de la situación y decía con frecuencia en las conversaciones que sostenía con sus consejeros :

— Cuando llegue el momento, me daré el gusto de ver un anuncio de venta pegado en la puerta

del cura y en seguida expropiaré la escuela y pondré en la calle á las hermanas...

Sin embargo, aunque podía hacerlo desde luego, no se decidía. Hacía algún tiempo que encontraba una imprevista resistencia en su mujer, y aunque afectaba humos de tirano, tenía siempre muy en cuenta las opiniones y los deseos de la señora de Lefrançois. Florencia, que se había instalado en Fresqueville sin saber cómo se llamaba el cura de Favières, sintió al oírle nombrar una penosa impresión, no porque su corazón se conmoviese ni porque se sintiese mortificada por el remordimiento de su villana acción, sino porque le molestaba la idea de encontrarse cara á cara con Daniel, temía las indiscreciones, y encontraba muy desagradable y casi vergonzoso haber sido la prometida de un hombre que se había hecho cura.

Aunque Fresqueville dependía de la parroquia de Favières, Florencia iba á misa á Ourscamp, que estaba á más de cuatro kilómetros, pero donde no temía el encuentro con Daniel y podía tratar al cura, enterarse de las necesidades de los pobres y dar cuantiosas limosnas como cumplía á tan rica señora. La primera vez que pidió el coche para ir á misa á Ourscamp, Lefrançois quiso bromear y dijo :

— ¡ Puedes ir á Favières si te place. No estoy celoso de tu antiguo prometido.

Pero Florencia le dirigió una mirada tan poco tranquilizadora, que no le quedaron ganas de repetir el chiste. Sin embargo, cuando quiso empezar la campaña contra el padre Daniel, no pudo menos de contar á su mujer esos proyectos. Florencia le escuchó friamente y dijo :

— Nada de eso que cuentas ha estado bien combinado. Parece mentira que hayas sido tú el que ha tenido semejantes ideas. Bien se ve en esta ocasión que han sido los imbéciles de tus amigos políticos los que te han aconsejado.

— ¿Pero qué podía yo hacer?

— Por de pronto, podías haberme confiado tu deseo.

— ¡ Me recibiste tan mal el día en que te hablé del cura!

— ¿Qué tiene que ver aquella salida fuera de propósito con la situación actual, tan importante para ti? ¿Me he negado jamás á ocuparme en lo que te interesa?

— No, ciertamente, y cuando has intervenido en mis asuntos no he tenido que arrepentirme.

— ¡ Por eso, sin duda, has preferido confiarte ahora á ese tonto de Malversín y al buitro de Thiboré. ¡Oh! Estás bien rodeado! Con tales auxiliares te saldrás con la tuya...

— Pero tú, ¿qué hubieras hecho, en mi lugar, en este asunto del cura?

— Por de pronto, hubiera evitado el verle yo misma, por temor de ofenderle. Me hubiera valido de un intermediario.

— ¿De cuál?

— De algún amigo suyo. Precisamente tenías á mano uno que era el mejor de todos para servirte.

— ¿Quién?

— El señor Letourneur.

La cara de Lefrançois se nubló.

— ¡ Ah! ¡ Bernardo!

— Sí, Bernardo, que es amigo de la infancia del cura de Favières y que hubiera podido obtener mucho de él.

— No me hubiera decidido á pedirle ese servicio. Ya sabes que no estamos en muy buena amistad...

— Sé que no tendrías más que decir una palatira para que volviera. Tú le has faltado, mientras que él no tiene nada de qué acusarse.

— ¡ Más que de haberte hecho la cortel...

— Como todos los demás. ¿ Vas á echarme en cara que guste á las personas que vienen á tu casa? ¿ Te has vuelto celoso ahora? ¿ Dudas, acaso, de mí?

— ¡ No! exclamó Lefrançois con convicción. No las he tenido jamás de ti, pero sí de él. Á ti te encuentro perfecta, pero confieso que su actitud

me ha parecido tan diferente de la de los demás amigos, que he entrado en sospechas.

— ¡Estás loco!

— ¡No! ¡No! No estoy loco. Sé muy bien lo que digo. Bernardo es el único hombre que me ha inspirado temor. Con los demás te reías y á él le tratas seriamente... Y después, no sé por qué, pero tengo el presentimiento de que me quiere mal y de que me hará daño, si no lo evito.

— ¡Él! ¡Pobre muchacho! Es incapaz. En fin, tú harás lo que quieras. Pero, volviendo al cura, creo que la idea de ir á ofrecerle dinero á cambio de su ayuda, era la peor que te podían haber aconsejado, pues es demasiado absurda para que á ti se te ocurriera...

— Malversín fué quien me metió en hacerlo, dijo inocentemente Lefrançois.

— Y tú, acostumbrado á deberlo todo al interés, no has vacilado en ir á conquistar la Iglesia dinero en mano... Los sacerdotes son personas á quienes no se corrompe con dinero, porque tienen un fin, una misión, un ideal que les hace superiores á las satisfacciones que puede proporcionarles la suma que se les ofrece. Hubiera sido preciso decir á tu cura que pondrías á su disposición tu influencia en caso de triunfar. Así hubieras tenido probabilidades de seducirle, porque como compensación de tu interés hubiera existido el

de la religión. ¡Ofrecerle dinero! ¡Qué torpeza!

— Y, sin embargo, lo necesita enormemente...

— Lo encontrará, puedes estar tranquilo. Todas las mujeres de la provincia contribuirán á pagarle su escuela.

— ¡Bueno! ¿Y qué hacer ahora?

— Tú, nada. Estás inutilizado.

— ¿Pues quién?

— Ya te lo he dicho : Letourneur.

— ¿Y por qué no tú misma?

Florencia se ruborizó ante aquella grosera y cínica petición de su marido.

— ¿Y puedes pensar?... Soy la última persona del mundo que habría que enviar al cura de Favieres.

— Tú harás lo que quieras. ¡Eres tan astuta!...

— Toda mi malicia, admitiendo que la tenga, sería enteramente inútil. No conoces al padre Daniel. Es un espíritu eminente. Yo era demasiado joven cuando mi padre me le presentó y no pude comprenderle. Después me he dado cuenta de que había desdeñado á un hombre superior.

— ¡Superior! ¿Y qué lo prueba?

— Su determinación de tomar las órdenes después de su decepción. Una naturaleza vulgar hubiera buscado consuelos y los hubiera encontrado, mientras que él no ha querido sobrevivir moralmente á su desilusión.

— Sí, le agradeces que no haya podido olvidarte. Eso te halaga, en el fondo, pues ves en él una especie de mártir del amor. Para mí no es más que un imbécil. ¡Un hombre que cree haberlo perdido todo porque le ha desdeñado una mujer! ¡Vaya un héroe! Si á mí me hubieras rechazado, me hubiera dado en cuerpo y alma á los negocios, para olvidarte, y me hubiera hecho más rico...

— Sí, pero tú eres un hombre de acción y él un hombre de imaginación.

Aquel calificativo de hombre de acción agradó á Lefrançois, que repitió varias veces:

— Sí, tienes razón; soy un hombre de acción.

Y como si aquella especie de superioridad que su mujer le reconocía le hubiera calmado, dijo:

— Después de todo, si Bernardo, como tú crees, consiguiera algo del cura, sería estúpido privarme de su concurso.

— Ya es tarde. Lo has echado todo á perder con el paso que has dado.

— Puede que él arregle las cosas. Voy á escribirle que venga á Fresqueville.

— Como quieras, contestó Florencia con aire indiferente.

Probablemente había conseguido lo que deseaba, pues á partir de ese momento accedió á todo lo que propuso su marido. ¿Por qué casualidad el banquero había llegado á caer en sospechas

por las asiduidades de Letourneur con Florencia, después de haber dado á ésta tantas pruebas de confianza? Probablemente porque nunca la joven había estado tan dominada por la pasión como aquella vez. ¿Sería que había llegado á la edad en que son más ardientes las mujeres? Bernardo, al parecer desdeñarla, ¿la había hecho morder el cebo con más fuerza? Lo cierto era que la hermosa señora de Lefrançois había perdido la cabeza tanto como puede perderla una persona tan calculadora, y había cometido bastantes imprudencias para poner en alarma á su marido.

Aquella encantadora mujer que hasta entonces había sabido reglamentar tan hábilmente sus galanterías que, si las sospechaba todo el mundo, nadie podía probarlas, se había arriesgado en diferentes ocasiones á ir á casa de Letourneur ó á hacerle entrar en la suya á escondidas de su marido. El joven, muy halagado por el capricho que había inspirado, se había ido inflamando poco á poco y había llegado á estar á la misma presión que su querida. Las dificultades que presentaba aquella relación le irritaban de un modo horrible. Maldecía á Lefrançois, le odiaba, y prefería no ver á Florencia á verla en su casa de un modo oficial.

En dos ó tres circunstancias había estado tan agresivo con el banquero que éste, con particular

finura de juicio, había descubierto en el fondo de aquellas insolencias los celos del amante contra el marido. Había observado á Bernardo y á Florencia y no había encontrado nada incorrecto en la actitud de su mujer, pero sí muy extrañas las agitaciones del joven, por lo que resolvió dificultar las ocasiones que ambos tenían para verse. Era, pues, preciso que estuviesen en juego sus intereses para que se decidiese á llamar como auxiliar al que suponía tan mal intencionado.

Era milagro que aun teniendo una confianza completa en su mujer, se decidiese á sufrir en su casa la presencia de Bernardo. Florencia, sin embargo, acababa de abrirle la entrada por un milagro de habilidad, preparado con suma paciencia durante quince días, y para colmo de astucia, había conseguido que fuese Lefrançois quien deseaba la venida del joven, mientras ella parecía verla con indiferencia.

En el momento en que acababan de almorzar, entró en el patio un tilburi tirado por dos magníficos caballos, y Bernardo, arrojando las riendas al lacayo, descendió delante de la escalinata. Florencia dirigió al joven una graciosa sonrisa desde la ventana del comedor, mientras Lefrançois le salía solícitamente al encuentro.

— ¡Cómo! ¿Ha venido usted en coche? No le esperábamos hasta esta tarde por el ferrocarril.

— He corrido ocho leguas por un soberbio camino, contestó Bernardo, saludando ceremoniosamente á la señora de Lefrançois. ¿Qué es eso para mis caballos? Esta tarde harán otro tanto para volver.

— ¿Cómo para volver? exclamó el banquero. Entonces no ha comprendido usted mi carta. Lo que le rogaba era que viniese á instalarse...

— Se lo agradezco mucho, dijo Bernardo con helada fisonomía, pero no puedo aceptar su amable invitación. Tengo que volver á mi casa esta tarde.

— ¡Oh! ¡Qué fastidio! dijo Lefrançois, que no pensaba más que en la misión que quería confiar á Bernardo y temía que no tuviese tiempo para desempeñarla.

— Me ha escrito usted que tenía que pedirme un servicio y he venido. Por otra causa cualquiera no hubiera salido de mi casa... Tengo en este momento negocios muy importantes en que ocuparme.

— ¡Negocios! Encárgueme usted de ellos. ¿Bernardo negocios! ¿Comprendes eso Florencia? ¿Tiene el aspecto de un hombre ocupado en negocios?

— ¿Por qué no? dijo seriamente la señora de Lefrançois.

— Pero, en fin, tiene que quedarse con nos-

otros, díselo tú. Es preciso que nos conceda usted algunos días, querido Bernardo. ¿Tan urgentes son esos asuntos?

— Urgentísimos.

— ¡Oh! ¡Qué fastidio! ¡Qué fastidio!... Al menos, no habrá usted almorzado...

— No.

— Pronto, Florencia, llama... Ó, mejor, querida amiga, vé tú misma á disponer que le den de almorzar... ¡Diablo de Letourneur, con sus prisas!

La señora de Lefrançois los dejó solos y el joven, sentado enfrente del banquero, le miraba con curiosidad. Sabía perfectamente la misión que le estaba reservada, pues Florencia le había escrito al mismo tiempo que su marido, y tenía ganas de saber cómo iba á componérselas Lefrançois para ganarle á su partido. Pero el banquero no usaba nunca preámbulos inútiles y abordó resueltamente la cuestión.

— Amigo mío, dijo; he rogado á usted que viniese á verme porque tengo que confiarle una negociación que sólo usted puede desempeñar con provecho. Se trata de que vea usted al padre Daniel, su amigo, y obtenga de él que no me haga daño en la campaña electoral.

— ¿Cree usted que es capaz de hacérselo?

— Debe odiarme, si no es un santo.

— Es más que un santo.

— Le he visitado para pedirle su protección y no ha querido comprometerse á nada. ¿Por qué, si no me odia?

Porque no quiere, sin duda, adquirir compromisos á la ligera... Pero eso no quiere decir que le combata á usted.

— Patrocina abiertamente á mi competidor.

— ¿Está usted seguro?

— Como de que estoy hablando con usted.

— Pues bien, iré á su casa y emplearé en favor de usted toda la influencia que pueda tener sobre él.

— Gracias, señor Letourneur, eso es lo que yo esperaba.

— Pues es muy sencillo.

Florencia entró anunciando que el almuerzo estaba servido y todos pasaron al hermoso comedor de Fresqueville. Bernardo tuvo la satisfacción de estrechar de pasada la mano de Florencia, mientras el marido estaba entregado de lleno á pensar qué resultado podría darle el paso supremo que iba á intentar el joven. Sus sospechas habían desaparecido casi por completo, dominadas por su ardiente deseo de triunfar. La joven y Bernardo cambiaban furtivamente expresivas miradas.

— Querido amigo, decía Lefrançois, la repre-

sentación de este país va á caer en poder de los socialistas, si no ponemos remedio, y el socialismo que aquí se implantase sería de los más peligrosos. Están aquí embobados por una especie de filántropo que los divierte con sus teorías humanitarias. La igualdad, la fraternidad, la libertad, todas las mentiras que se escriben en los edificios públicos, pretende que sean realidades. ¿Eh? ¿Qué dicha! Dice que ha encontrado el medio de poner de acuerdo al capital y al trabajo, al patrón y á los obreros, ese viejo loco. Ya no habrá proletarios; todo el mundo tendrá su parte en la propiedad. No dice que será según las necesidades de cada cual, porque eso es imposible, ni según las capacidades, porque eso lo encuentra injusto, y ha hecho una mezcolanza de los dos sistemas, por medio de seguros y de cajas de garantía, para llegar á una especie de equilibrio de las necesidades sociales. Se ha retirado de los negocios con una pequeña fortuna, dejando su fábrica á los obreros, que se han convertido de este modo en propietarios, pagando anualidades que se dedicaban por mitad á pagar sus intereses al patrón y á pagar la propiedad. Á los veinte años, la fábrica era de los obreros y Binant tenía una renta. En el fondo, creo que ese bribón ha abusado de los obreros. Estoy estudiando su sistema y como pueda echarlo por tierra...

— Entretanto ese hombre goza del favor de los proletarios.

— Naturalmente. ¿Ellos qué saben? Se les habla de sociedades cooperativas; se les cuenta que se harán dueños de todo; y se les hace ver la propiedad en lontananza, para que no se ocupen más que en los medios de adquirirla. En cuanto á dársela, eso es otra cuestión. Gracias á esas utopías, obtienen éxito los candidatos hostiles al Gobierno y, una vez en la Cámara, no se ocupan más que en hacer su negocio, especular con su influencia y dejar á sus electores con un palmo de narices. Esto es lo que debemos impedir, que se engañe al pueblo.

— Señor Lefrançois, dijo tranquilamente Bernardo, que sea por los oportunistas, que sea por los radicales, ó que sea por los socialistas, el pueblo es siempre engañado. Si bien se considera, nunca es mejor tratado que cuando le gobierna un tirano. Esto es lo que él no quiere comprender. El día en que el pueblo se dé cuenta de sus verdaderos intereses, no consentirá en servir de escalón á tantos bribones. Nombrará un dictador que vele por la tranquilidad pública sin Cámara ni Senado y con un simple Consejo de Estado para hacer las leyes y un Consejo de Hacienda para ordenar los gastos, y todo marchará perfectamente. Á los veinte años de este régimen,

Francia sería la potencia más rica, más lujosa, más brillante y más temible de Europa, y el pueblo sería feliz.

— ¡Pero no sería libre! exclamó con calor el candidato. La libertad es el primero de los bienes.

— ¿Para quién? ¿Acaso es usted libre? Yo no lo soy, puesto que obedezco á todo el mundo y encuentro en todas partes trabas para mi libertad, tanto más vejatorias cuanto que son más hipócritas. Estamos en república, ¿verdad? ¿Conoce usted un régimen más despótico y más opresor? Mi tranquilidad está siempre amenazada por el último guarda rural, y si me defiende de sus abusos, encuentro detrás de él al alcalde, que está apoyado por el consejero general, el cual pone en movimiento al diputado, que recurre á su vez al ministro, y en un momento toda la máquina gubernamental me aplasta con su peso. ¡La libertad! No tenemos otra que la de obedecer á quinientos mil amos de la más baja estofa, estúpidos, vulgares, malévolos y envidiosos. Que me den un buen tirano. Al menos con él habrá medio de razonar y de entenderse, mientras que en vuestra república de quinientos mil tragaderos hay que resignarse á ser devorado.

— ¡Diablo! mi querido Bernardo, dijo con acritud Lefrançois, está usted muy mal dispuesto á defenderme.

— ¿Yo? exclamó el joven, creo que detesto más aún las ideas de su adversario de usted que las de sus partidarios. No tema usted, pues; estoy dispuesto á abogar por su causa, y esto que le digo no se lo diría á nadie más. Ante todo, me comprometo á servirle y á no tener otra regla de conducta que el cuidado de sus intereses.

— ¡Bueno! No perdamos, entonces, el tiempo. Vaya usted á Favières.

Bernardo acabó de tomar su taza de café, encendió un cigarro y, conducido por Florencia y su marido, bajó al parque y se encaminó á casa del padre Daniel.